

ORIGEN Y COSTUMBRES DE LOS ANTIGUOS HUARUCHIRI

Por el P. FRANCISCO DE AVILA

Si los antepasados de los que decimos indios hubiesen antiguamente sabido escribir, no se habría perdido en el olvido toda su vida y hazañas, sino que, al igual que las de los europeos, habrían llegado hasta nosotros. Mas no ha sucedido así, y puesto que hasta el momento presente no se ha escrito de ello, vamos nosotros a exponer las costumbres de los antepasados de los Huaruchiris, nacidos de un mismo progenitor, qué religión han tenido, cómo han vivido hasta nuestros tiempos y otras cosas análogas. Después describiremos, pueblo por pueblo, las costumbres que han tenido y asimismo hablaremos de su origen.

NOTA DE LA DIRECCION

Pese a que no se trata de un trabajo inédito, publicamos la primera parte de la obra del P. Avila sobre Huarochiri, y continuaremos con el resto en el próximo tomo de ANALES; razones de espacio nos obligan a obrar así. Por otra parte creemos que esta reedición se justifica, por tratarse de una importantísima relación de antiguas creencias peruanas, que no obstante haberse hecho recientemente dos distintas ediciones de ella, sigue siendo poco menos que desconocida entre nosotros.

Su autor, el P. Francisco de Avila, era cuzqueño, pues nació en la antigua capital de los Incas en 1573. Estudió artes y teología en su ciudad natal, ordenándose de sacerdote en 1592. Actuando ya dentro de su vocación, fué cura de la doctrina de *San Damián*, en la provincia de Huarochiri, actual Departamento de Lima. Persiguió tenazmente la idolatría en su patria, y en esta tarea destruyó numerosos objetos de culto indígenas que de esta manera se perdieron para la Ciencia. Pero no todo fué detrucción. Pues, al morir en 1647, entre numerosos escritos de ín-

dole apologética y evangelista, dejaba su obra principal que trata precisamente de las "falsas creencias de los indios", y que tiene el ingente mérito de reproducirlas en la misma forma y en la misma lengua que el autor las percibiera de boca de los indios.

Hasta hace poco, nada se sabía de este importante trabajo, cuyo manuscrito redactado en *Quichua* se guarda en la Biblioteca Nacional de Madrid. En 1873, el conocido peruanista Clement R. Markham daba a conocer un corto resumen en inglés. Posteriormente, Urteaga y Romero hicieron lo mismo en español. Pero tanto una como otra publicación eran insuficientes, y sólo despertaron el vehemente deseo de ver pronto publicada la obra entera. Es esta la tarea que Hermann Trimborn tomó a su cargo, y que las circunstancias dificultaron un tanto. Pero, por fin, apareció la edición en alemán, aunque en momentos poco oportunos. Pues. *Daemonen und Zauber im Inkareich*, que es la edición de referencia, lleva pie de imprenta: Leipzig 1939, es decir, que se publicó en Alemania y cuando se desataba la última guerra europea. Y es sin duda por esta razón que apenas si llegaron a nuestra América ejemplares de esta edición alemana. Aún más recientemente, en 1942, se hizo en Madrid una edición trilingüe, la que fuera de reproducir en fotocopia el manuscrito original, trae una versión quichua, otra latina y otra española. Pero tampoco esta edición ha logrado difusión notable en nuestro continente.

Lo que nosotros publicamos aquí es la parte española de la edición madrileña. La versión ha estado a cargo del doctor Ricardo Espinosa, de la Universidad de Madrid. El Consejo Superior de Investigaciones Científicas de España, por cuya cuenta se hizo la edición española, tuvo la gentileza, que nosotros aquí sinceramente agradecemos, de permitir esta reedición. — *Salvador Canals Frau.*

C A P I T U L O I

(1) En tiempos muy remotos vivieron unos Huaccas que tenían el nombre de Yanañamca Tutañamca y que fueron vencidos después, por otro Huacca llamado Huallallu Carhuinchu. Una vez vencidos, Huallallu mandó que las mujeres no pariesen más que dos niños; a uno le devoraba él y el otro, el que hubieran elegido sus padres, era criado por éstos.

(2) Por cierto que en aquel tiempo los muertos resucitaban a los cinco días de su muerte, y asimismo, lo que les servía de alimento maduraba a los cinco días de ser sembrado. Todos estos pueblos eran Yuncas, y como los poblaban inmensa cantidad de hombres, vivían muy pobremente y tenían que arar y cultivar aun las mismas peñas y las cuestas, (3) y todavía hoy se ven estos campos en las montañas, unos grandes y otros

más pequeños. Por la misma época existieron también pájaros hermosísimos, papagayos y caquis, todos amarillos o todos rojos. Después, y precisamente en el tiempo de otro Huacca de nombre Paryacaca, arrojó éste hacia los Andes a todos los habitantes de estos pueblos.

(4) Ahora vamos a narrar estas victorias de Paryacaca y luego el nacimiento del mismo. Además existió también otro Huacca llamado Cuniraya, aunque no sabemos bien si vivió antes o después de Paryacaca. Parece, sin embargo, que su época coincide con la de Huiraccucha, pues los hombres le adoraban con estas palabras: "Cuniraya Huiraccucha, Creador de los hombres, Creador del mundo, todo es tuyo. Tuyos son los campos y tuyos los hombres".

(5) Cuando tenían que realizar alguna tarea difícil, los ancianos desparramaban coca por el suelo y decían: "enseñame esto, ayúdame a encontrar esto, Cuniraya Huiraccucha", y le rendían culto mucho antes de ser vistos los europeos. Y especialmente los tejedores solían adorar e invocar a Cuniraya más que nadie, cuando la textura era más trabajosa. (6) Pues bien, ante todo trataremos de su vida y después hablaremos de Paryacaca.

C A P I T U L O II

Vida de Cuniraya Huiraccucha

Este Cuniraya Huiraccucha en sus comienzos andaba errante en figura de mendigo, con la camisa y manta hechas jirones, y como los demás no sabían quién era, le llamaban el mendigo piojoso. (7) Sin embargo, fué él quien fundó todos los pueblos y con el solo mando de su palabra redujo a buen cultivo aquellos campos y enseñó a construir canales, sacando el agua de las fuentes con las cañas que se llaman pupunas. El mismo iba haciendo grandes trabajos por todas partes, despreciando con su sabiduría a todos los Huaccas de los demás pueblos.

(8) En la misma época existió una mujer también Huacca llamada Cahuillaca, que, a pesar de ser muy hermosa,

permanecía siempre virgen. A cualquier Huacca o Huilca que deseaba estar con ella, le rechazaba.

Una vez esta joven, que no había permitido que ningún hombre se le acercara, estaba hilando sentada al pie de un negro lucma. (9) Entonces Cuniraya, que era muy habilidoso, se transformó en pájaro y, echando a volar, se posó encima de aquel negro lucma. Y cuando alcanzó el fruto del lucma, derramó en él su semen y lo dejó caer cerca de la joven, que muy contenta se lo tragó, y de esta manera quedó encinta, aunque ningún hombre la hubiese conocido. (10) Y al noveno mes, lo mismo que las demás mujeres paren, también ella parió, a pesar de ser virgen. Entonces ella sola amamantó a sus pechos al niño durante un año, preguntándose siempre de quién sería hijo. Cumplido el año, cuando ya el niño andaba a gatas, Cahuillaca reunió a todos los Huaccas y a todos los Huilcas para averiguar la paternidad de su hijo.

(11) Cuando los Huaccas oyeron estas palabras, acudieron de todas partes sumamente contentos, vestidos con trajes preciosos, pensando cada uno que él iba a ser el escogido por Cahuillaca. Esta reunión se hizo en Anchicucha, que era el lugar donde la joven vivía. Una vez sentados los Huaccas y Huilcas, la joven comenzó así: "Oíd, nobles señores, os lo ruego, reconoced a este niño. ¿Quién de vosotros estuvo conmigo? ¿Acaso tú? ¿Tal vez tú?" Con estas palabras les iba interrogando uno a uno. (12) Como todos negaran, Cahuillaca, segura de que Cuniraya Huiraccucha, que estaba sentado cerca en hábito de mendigo, no podía ser el padre del niño, mirándole con desdén no le preguntó nada, y al advertir que ninguno de aquellos nobles señores reconocía al niño como suyo, se dirigió a él, y le dijo: (13) "Vete tú mismo, hijo, y reconoce a tu padre", y advirtió a los huaccas que sería considerado como padre del niño aquel a quien éste se dirigiera. Y entonces el niño, andando a gatas, comenzó desde el más próximo y fué sucesivamente de uno en otro huacca hasta que llegó donde estaba Cuniraya, su verdadero padre, y, cuando llegó, lleno de alegría, trepó a sus rodillas. (14) Visto lo cual la madre, arrebatada de furor, exclamó. "¿Pero es posible que yo haya tenido un hijo con este piojoso?", y tomando al niño en sus brazos se dirigió hacia el mar.

Entonces Cuniraya Huiraccucha, con la esperanza de poder ser amado por ella, se revistió, ante el asombro de todos los Huaccas, con un precioso traje, y corrió detrás de Cahuillaca, gritando: "Hermana Cahuillaca, mira (15) qué hermosísimo soy", y al decir esto despedía rayos por todo el orbe; mas Cahuillaca, decidida como estaba a arrojarse al mar porque había tenido un hijo con un hombre tan feo y salvaje, no se volvió a mirarle y llegó a aquel lugar donde aún hoy, a la orilla del mar, cerca de Pachacamacc, se ven dos peñascos con figura humana en el sitio mismo en que ella y su hijo se quedaron convertidos en piedras.

(16) Y Cuniraya Huiraccucha, con la esperanza de que Cahuillaca se hubiera vuelto a mirarle, iba siguiendo sus huellas y llamándola a gritos. En el camino se encontró con el cóndor y le preguntó: "Hermano, ¿te encontraste acaso con aquella mujer?", y el cóndor le contestó: "La encontrarás no lejos de aquí". Y él entonces respondió: "Tú vivirás mucho más tiempo que los demás animales (17) y te alimentarás de guanacos, vicuñas y otros animales análogos. Si alguno te matare, morirá él también".

Después del cóndor se encontró con una hiena, y la preguntó: "Hermana, ¿acaso tropezaste con esa mujer?"; a lo que contestó: (18) "No la encontrarás ya, pues anda muy lejos de aquí". A esto Cuniraya repuso: "Porque me has anunciado esto no harás tú la vida de día, sino de noche, y serás despreciada de los hombres y tendrás un olor apestante", y maldiciéndola así, continuó su camino. Después se encontró con el puma, que le dijo que ella no estaba lejos y que pronto la alcanzaría. A lo cual Cuniraya contestó: (19) "A ti te amarán mucho y te comerán los llamas expiatorios. Cuando te mataren se pondrán tu piel encima de la cabeza y con ella bailarán; te sacarán así todos los años, y con sacrificios de llamas te harán de esta manera danzar a tí también".

Se halló luego con el zorro, que le avisó que la joven estaba lejos (20) y que no la encontraría, y él le dijo: "A ti también aunque estés lejos, los hombres, sin embargo, te llamarán 'maldito zorro' y te despreciarán, y cuando estés muerto, te tirarán a tí y a tu piel".

Más tarde se encontró con un buitre, y como le anunciara que encontraría a la joven de un momento a otro, le contestó: (21) "Tú tendrás toda clase de venturas; cuando desees comer te alimentarás, en primer lugar, de pájaros moscas, y después, de los restantes pájaros. Si fueras muerto, quien lo haga tendrá que sacrificarte un llama, y además en los bailes sagrados te llevarán puesto en la cabeza como adorno.

A continuación se encontró con un loro, quien le dijo: (22) Muy lejos de aquí la mujer camina y no podrás hallarla". A esto le respondió aquél: "Tú irás revoloteando con continuos gritos, y quien te oirá pedir comida te rechazará inmediatamente; así que tu vida será miserable y los hombres te despreciarán". Del mismo modo, si se encontraba con alguien que le daba buenas noticias, le auguraba bienes, y, por el contrario, a quien se las daba malas, le maldecía.

(23) Así andando llegó a la orilla del mar, al lugar llamado Pachacamacc, allí justamente donde había dos jóvenes custodiadas por una serpiente. La madre de estas dos jóvenes acababa de bajar al mar para visitar a aquella Cahuillaca de que hemos hablado. Su nombre era Urpihuachacca.

(24) Y entonces Cuniraya Huiraccucha adormeció a la mayor de las dos porque quería yacer con la otra, que se transformó en paloma y salió volando. La madre de las jóvenes, como antes dijimos, se llamaba Urpihuachacca.

En aquel tiempo en el mar aún no existían peces, pero Urpihuachacca criaba algunos en una pequeña laguna, (25) y Cuniraya, enfadado porque Urpihuachacca hubiera ido al mar a visitar a Cahuillaca, arrojó al mar todos aquellos peces que estaban en el lago, y desde entonces el mar se llenó de peces.

Después de esto, Cuniraya Huiraccucha siguió andando por la orilla del mar. Mientras tanto, Urpihuachacca regresó a su casa y su hija mayor le contó cómo Cuniraya la había adormecido, por lo que, encendida de ira, se puso a perseguirle. (26) Cuando estaba a punto de alcanzarle, el perseguido se detuvo, y aquélla le dijo: "Déjame que te despioje", y empezó efectivamente a despiojarle, aunque su intención era tirarle al mar. Y él, como era muy listo, se dió cuenta de su intención, y le dijo: "Permíteme, hermana, que yo me aparte un poco para orinar", y sin decir una palabra más se vino a

este país, donde se detuvo muchísimo tiempo engañando con mil enredos a los habitantes de muchísimas ciudades.

C A P I T U L O I I I

Aquí volveremos otra vez a hablar de los hombres primitivos

(27) He aquí el cuento. En tiempos remotísimos el mundo estuvo a punto de acabarse. Entonces un llama macho tuvo el presentimiento de que el mar iba a desbordarse, y a pesar de que su pastor le había puesto a pacer en muy buenos prados, él rechazaba la comida y muy doloridamente se lamentaba. Por lo cual el pastor se indignó y con una mazorca de maíz, de la que se había comido los granos, le golpeó y le dijo: (28) "Come, perro, ya que te puse en tan buenos prados"; pero el llama, con voz humana, le respondió así: "¡Pobre de ti que te preocupas de esto!, ¿no sabes que de aquí a tres días el mar se desbordará y se acabará el mundo?" Así habló, y el pastor, aterrado, exclamó: "¿Qué va a ser de nosotros?, ¿dónde iremos a parar?", y el llama contestó: (29) "Ea, vayámonos al monte Huillcacutu. Coge víveres para cinco días". Y el hombre cogió al llama macho y a su familia y huyó lo más velozmente que pudo. Cuando llegaron al monte Huillcacutu ya todos los animales se habían reunido allí: pumas, zorros, guanacos, águilas y todas las otras clases de animales, y tan pronto como el pastor llegó, se desbordó el mar. (30) Y los hombres y animales se encontraron sumamente apiñados, pues los demás montes estaban cubiertos por la inundación, excepto el monte Huillcacutu, aunque no completo, porque solamente una exigua parte de la cúspide emergía de las aguas.

Entonces el zorro zambulló en el agua su cola, que se volvió de color negro. Cinco días después empezaron las aguas a retirarse poco a poco y a secarse, (31) y de esta manera disminuyendo retrocedieron nuevamente hasta el mar, destruyendo a su paso a todo el género humano. Los únicos que sobrevivieron fueron el pastor con su familia, que de nuevo se volvieron a multiplicar. Por eso los hombres existen todavía, y en verdad, nosotros los cristianos creemos que con este cuento de la fuga al monte Huillcacutu los indios se refieran al Diluvio Universal.

CAPITULO IV

Ahora vamos a contar una historia de la muerte del Sol

(32) Hubo un tiempo en que el sol se apagó y con su muerte se extendieron las tinieblas durante cinco días. Las peñas, entonces, empezaron a darse golpes unas con otras, y los morteros y las piedras molares comenzaron a aplastar a los hombres y a perseguirles como si fuesen llamas. Ahora bien, nosotros los cristianos creemos que este obscurecimiento fué un recuerdo de las tinieblas que hubo cuando la muerte de Nuestro Señor Jesucristo, y tal vez la cosa pueda ser así.

CAPITULO V

Aquí empieza, de nuevo, el nacimiento de Paryacaca

(33) Ya en un capítulo anterior hemos hablado de la vida y de las costumbres de los primitivos hombres, pero no hemos dicho nada de dónde fueran oriundos. (34) Los hombres que vivieron en aquel tiempo guerreaban constantemente unos con otros y reconocían como jefes a los más fuertes y a los más ricos; por eso les llamamos hombres salvajes.

Fué entonces cuando aquel Paryacaca de quien hablamos antes nació en Cunturcutu bajo la forma de cinco huevos. Quien primero se dió cuenta de su nacimiento fué un pobre mendigo, que es también considerado como hijo de Paryacaca, y que se llamaba Huatyacuri. (35) Y ahora hablaremos de su astucia y de las cosas que hizo a escondidas.

Este sobredicho Huatyacuri vivía muy pobremente y no comía otra cosa sino patatas asadas, de forma que todos le llamaban el patatero. En la misma época existió un varón llamado Tamtañamca, hombre de inmensa fortuna, cuyas casas se conocían con el nombre de Cassacancha y estaban cubiertas de plumas de aves de variados colores. (36) Sus llamas eran amarillos, y rojos, y azules y de otros diversos colores. Como veían que este hombre se daba tan buena vida, la gente de todos los pueblos le iban a saludar y le honraban. El, ostentando una

gran sabiduría, aunque en verdad tenía muy poca, engañaba a casi todo el mundo.

(37) Pues bien, este Tamtañamca, que se consideraba como gran sabio y cuasi como un dios, había caído gravemente enfermo. Como venía padeciendo desde hace muchos años, todos se preguntaban cómo era posible que un hombre tan sabio y tan rico estuviera enfermo. El, sin embargo, tenía la esperanza de poder sanar, y lo mismo que hacen los europeos, que llaman a los médicos más afamados, del mismo modo él hacía venir a todos los sabios. (38) Mas ninguno podía adivinar qué enfermedad padecía. Ocurrió entonces que Huatyacuri subía desde el mar hacia aquel monte por el cual descendemos a Sienequilla, y llegado allí se quedó dormido. Este monte se llama ahora Latapsaco. Habiéndose quedado dormido, sucedió que dos zorros, uno que venía de la llanura y otro de la montaña, se encontraron allí, y el que venía del llano preguntó al otro: (39) “Hermano, ¿cómo están los señores de arriba?”, y le respondió: “A los buenos les va bien, pero en Anticcucha hay un noble señor que se cree un gran sabio y cuasi un dios, y padece una grave enfermedad. Todos los sabios buscan la causa de este grave mal; pero nadie puede conocer de qué se trata. La verdadera razón de su mal es ésta: A su mujer, mientras tostaba el maíz, le saltó a sus partes un grano que cayó del hornillo y que ella cogió y se lo dió a comer a un hombre (40) y desde aquel momento está en relaciones ilícitas con él y ahora le tiene como un amante. Desde que se cometió este adulterio una serpiente está encima de esta magnífica casa y la está destruyendo. Además, un sapo con dos cabezas está escondido bajo la piedra molar; y esta razón por la cual se consume no la conoce nadie”. He aquí lo que el zorro de la montaña contó al zorro que llegaba de la llanura.

(41) Después le preguntó: “Hermano, ¿cómo van las cosas a los señores de allá abajo?”, y aquél le respondió: “Una mujer, hija de un gran señor de allá, estuvo a punto de morir a causa de la verga”. Mas este cuento hasta el momento en que la mujer sanó es demasiado largo y por eso lo relataremos después. Volvamos ahora al punto donde habíamos quedado.

(42) Mientras los zorros hablaban entre sí, Huatyacuri oyó lo que estaban diciendo. Ahora bien, aquel gran señor que se tenía por cuasi un dios y que, sin embargo, estaba enfermo, tenía dos hijas, la mayor de las cuales la había casado con un hombre riquísimo. Cuando aquel susodicho pobre Huatyacuri llegó hasta el lugar donde estaba el caballero enfermo para tantear las cosas, iba preguntando si en aquella ciudad había algún enfermo, (43) y la hija menor de Tamtañamca le contestó que su padre se encontraba en ese estado. Entonces Huatyacuri: "Acostémonos juntos, dijo, y en gracia de ello sanaré a tu padre". El nombre de esta muchacha es desconocido, aunque después la llamaron Chaupiñamca. Y la muchacha no se le entregó inmediatamente, sino fué a decir a su padre (44) que allí estaba un mendigo que afirmaba que le sanaría. Y al oír esto todos los sabios que se encontraban allí, se echaron a reír a carcajadas y decían: "No podemos nosotros sanarle y este mendigo presume de poderlo hacer". Y el caballero, que deseaba ardientemente ponerse bueno, mandó que entrara aquél, quienquiera que fuese. (45) Una vez entrado Huatyacuri, se dirigió a él en esta forma: "Padre, si deseas que yo te cure, en verdad, yo te curaré con tal que me des a tu hija en matrimonio". Dicho esto, el enfermo respondió que aceptaba la proposición. El marido de la hija mayor, tan pronto supo esto se puso furioso porque Tamtañamca se hubiese comprometido a dar la mano de su cuñada a aquel miserable siendo él hombre tan rico, (46) pero todas las peleas que, arrebatado por la ira, mantuvo él con Huatyacuri, las contaremos más tarde en capítulo aparte.

Ahora volvamos a tratar de la curación que Huatyacuri hizo. Empezó así la curación: "Padre, le dijo, tu mujer te traiciona y es precisamente este adulterio la causa de tu enfermedad, pues encima de esta magnífica casa se encuentra una doble serpiente que te consume. (47) Además, debajo de la piedra molar está un sapo con dos cabezas; matemos a los dos lo más pronto posible y verás cómo mejoras. Mas una vez mejorado adorarás a mi padre sobre todos los demás. El vendrá pronto. En verdad tú no eres ningún Creador de hombres, pues si lo fueras no estarías expuesto a las enfermedades".

(48) Cuando Huatyacuri hubo dicho esto, el gran Tamtañamca cayó en gran temor al pensar que tenía que destruir una casa tan hermosa, y se afligía muy hondamente. Su mujer comenzó a gritar: “¿Por ventura este miserable me va a acusar impunemente?; yo no soy adúltera”. Y el enfermo, que ante todo quería ponerse bueno, mandó demoler la casa y de ella sacaron dos culebras, (49) que en seguida mataron. Huatyacuri contó a la mujer, y así, en efecto, había pasado, cómo el grano aquel al caer había saltado en sus partes, que ella lo había cogido del suelo y se lo había dado a comer a su amante. La mujer confesó después que todo lo que decía era verdad.

Más tarde removieron la piedra molar (50) y de ella salió un sapo con dos cabezas, que escapó al valle de Anticcuca, donde hasta este día habita escondido en un manantial, y si alguno se acerca a esta fuente, le hace morir o le vuelve loco.

Cuando todo esto que vamos contando se acabó, el enfermo sanó, (51) y, una vez curado, Huatyacuri, en el día fijado, se marchó a Cunturcutu, donde aquel Paryacaca que hemos nombrado antes se encontraba bajo la forma de cinco huevos. De los lugares cercanos comenzaron a soplar unos vientos hasta entonces no conocidos, y en el día que Huatyacuri se marchó a aquel lugar, Tamtañamca le dió por esposa a su hija. (52) Entonces se quedaron solos, y cuando llegaron a la montaña, se unieron.

Al saber el marido de la hija mayor que ellos se habían casado, resolvió molestarles, y empezó a provocar al cuñado. Un día le dijo: “Hermano, vamos a ver quién de nosotros puede más; ¿es posible que un pobre de solemnidad como tú te hayas casado con la cuñada de un hombre tan rico como yo soy?” (53) Y Huatyacuri se mostró conforme y se fué donde estaba su padre a contarle lo que el cuñado le había dicho. Paryacaca le contestó: “Está bien; cualquier cosa que él te diga ven a contármela inmediatamente”. La contienda entre los cuñados sucedió de esta manera: Un día resolvieron ver quién bebía más y después quién bailaba mejor.

Y aquel mendigo de Huatyacuri lo fué a anunciar a su padre. (54) Paryacaca le ordenó: “Sube a aquel monte y échate como si fueses un guanaco muerto. Al amanecer, dos zorros, macho y hembra, se te acercarán en cuanto te vean; uno lle-

vará en un cantarillo un poco de chicha y una pandereta. Como él creará que eres un guanaco muerto pondrá en el suelo todas estas cosas, así como también una flauta, y querrán devorarte. (55) Entonces tú, recobrando de nuevo la figura humana y lanzando grandes gritos, echarás a correr y los zorros abandonarán sus cosas y huirán; las recogerás y con ellas irás a ejecutar la apuesta". Esto ordenó Paryacaca a su hijo, y aquel mendigo lo efectuó como su padre lo mandara.

Cuando vinieron al certamen, aquel varón rico fué el primero que comenzó a bailar con unas doscientas mujeres que tocaban. (56) Terminado el baile, comenzó el mendigo su apuesta acompañado sólo por su mujer. Así, pues, entró por la puerta llevando consigo la flauta del zorro, y apenas comenzó a bailar al sonido de ésta, comenzó la tierra a temblar de tal manera, que él quedó vencedor. Al comenzar a beber se sentó sólo con su mujer, a la manera que se sientan los huéspedes que vienen de la montaña. (57) Y todos los hombres presentes le provocaron a beber sin ningún descanso. El, invitado por cada uno, bebió sin que le hiciera daño hasta que se terminó. Después invitó él a los presentes con aquella pequeña cantidad de chicha que tenía en aquel cantarito, y todos lanzaron grandes carcajadas, maravillándose que con tan poca chicha pudiera satisfacer a tantos varones; pero él, convidando sucesivamente a todos, los venció en cortísimo tiempo.

(58) Al día siguiente le provocó a otra lucha, que consistía en esto: que cada uno se vistiese con lo que llaman "casa" y "cancho". Huatyacuri marchó donde su padre, que le dió un traje de seda, y con el resplandor de éste, Huatyacuri los deslumbró y quedó vencedor. Después le desafió a llevar una piel de puma, (59) y como el cuñado trajo todas las pieles de puma que tenía, ya se consideraba vencedor; pero el mendigo aquel, aconsejado por su padre, al amanecer sacó de una fuente una piel de puma de color rojo, y cuando se puso ésta y empezó a bailar, apareció en el cielo como un arco iris, y aparecido éste, aquél seguía bailando.

Después se desafiaron sobre quién construiría mejor una casa. (60) Como el cuñado tenía muchos siervos, edificó, en un día, una casa, según él mismo pensaba, grande; mientras tanto, el mendigo solamente había puesto los cimientos y du-

rante todo el día se había paseado con su mujer; pero a la noche siguiente todos los pájaros, las culebras y demás animales que habitan la tierra completaron la edificación de tal manera, que a la mañana, cuando el cuñado vió que la casa estaba terminada, se sobrecogió con un fuerte temor.

(61) Porfiaron después sobre quién haría más pronto el techo, y a Huatyacuri los guanacos y las vicuñas le amontonaron las pajas para cubrirlo, y cuando iban a cargar de paja a los llamas del cuñado, Huatyacuri, con un gato montés que estaba encima de una peña, empezó a asustar a los llamas y los precipitó, y alcanzó así la victoria.

Terminadas estas contiendas, aquel mendigo, conforme le había aconsejado su padre, le habló así: (62) “Hermano, muchas veces te he complacido peleando como tú has querido; ahora compláceme tú a mí”. Y el otro aceptó esta condición. Huatyacuri le propuso: “Pongámonos, dijo, la camisa azul y después los calzones de algodón negro y bailemos así”. (63) Y puesto que las otras veces el cuñado había bailado el primero, ahora Huatyacuri fué quien empezó a bailar, y después que bailó comenzó a gritar con todas sus fuerzas de modo que el otro, lleno de espanto, se transformó en un corzo y emprendió la huída. Su mujer le siguió, decidida a encontrar la muerte con su marido. El mendigo, muy irritado: “Marchad, exclamó, malvados, que me habéis desafiado tan insolentemente; pero yo, sin embargo, os mataré muy pronto”. Y diciendo así, comenzó a perseguirlos y alcanzó a la mujer en el camino que va a Anticcucha: “Aquí, la dijo, todos los hombres, lo mismo los que vienen de arriba que los de abajo, verán tus partes”, y así mismo tiempo que le decía estas palabras la plantó cabeza abajo con la nariz en el suelo y en el mismo instante quedó convertida en piedra en aquel mismo sitio. Y aún ahora se ve esta piedra con las piernas y las partes como si fuera una mujer. (65) Y aquí suelen venir por una u otra razón a ofrecer a esta piedra las hojas de coca. Y esta costumbre aún se guarda en nuestros días.

Pero aquel que se había convertido en corzo subió al monte más alto y desapareció. Los corzos, en otros tiempos, se alimentaban de carnes humanas; pero como en esta ocasión se juntaran y deliberasen de qué manera devorarían a los hom-

bres, un cachorro, sobrecogido súbitamente por el terror: "¿Tal vez, exclamó, no serán los hombres los que nos devorarán"?, (66) y al oírlo se dispersaron los corzos y desde entonces son los hombres los que se comen los corzos.

Después de realizadas estas hazañas, Paryacaca salió de los cinco huevos en forma de cinco milanos, que, a su vez, se cambiaron en hombres, y así andaban en forma y figura humanas. Cuando oyó Paryacaca las acciones de ellos, indignado porque siendo, en verdad, hombres, pretendían ser considerados como dioses y reclamaban que se les rindiera culto; (67) movido a ira por sus maldades, se convirtió en lluvia, y a todos estos señores y a los llamas les arrojó al mar, sin que ninguno se salvase. En aquella época había una especie de puente llamado pullaus, que unía al monte Lleantana con otro monte nombrado Huachuca, y era, según se dice, semejante al arco iris. Este dicho pullaus era un árbol de inmensísimo tamaño (68) y en él se posaban monos, caquis y pájaros de todas castas; pues también a todos estos les arrojó al mar. Terminado esto, Paryacaca subió al monte que nosotros llamamos el Paryacaca, y esta subida la contaremos en el capítulo próximo.

C A P I T U L O V I

(69) Paryacaca, convertido ya en hombre y hecho un buen mozo, comenzó a buscar a su enemigo. El nombre de éste era Huallallu Carhuincho y se alimentaba de carne humana y bebía sangre humana. Y ahora vamos a narrar la lucha que ambos sostuvieron. Ya en capítulos anteriores hemos hablado de la vida de Huallallu Carhuincho, cómo devoraba a los hombres y otras hazañas suyas. (70) Ahora referiremos lo que hizo en las regiones de Huaruchiri y en sus alrededores. Sucedió ello así.

Paryacaca, hecho ya un buen mozo, se dirigió al Paryacaca alto, donde moraba Huallallu Carhuincho. En el valle inferior de Huaruchiri había un pueblo llamado Huayquihusa, y que era un pueblo de yuncas, donde en aquellos momentos los vecinos estaban celebrando una gran fiesta y bebiendo en gran cantidad. (71) Mientras ellos se festejaban llegó allí Paryacaca y se

sentó en un rincón apartado de ellos, como un mendigo, y mientras estuvo sentado ninguno le ofreció de beber. Y así permaneció durante todo el día, hasta que una mujer de aquel pueblo, exclamó: “¡Ay, pobre de mí!, ¿pero nadie se acuerda de este pobre?”, y trayendo chicha en una calabaza muy grande le dió a beber. (72) Entonces, Paryacaca la dijo: “Hermana, has sido muy buena conmigo al darme esta chicha. Dentro de cinco días verás algo en este pueblo; ten cuidado, pues, que en aquel día no te quedes aquí, sino marcha lo más lejos que puedas, no sea que por equivocación te mate a ti y a tus hijos”. Así habló a la mujer (73) y le aconsejó además que no dijese ni una palabra de lo que había oído, porque si no también la mataría. Entonces la mujer, con sus hijos y parientes, antes de los cinco días se marchó del pueblo, y, mientras, sus vecinos, sin ninguna preocupación, andaban de francachela en francachela. Y Paryacaca subió al monte que está encima de Huaruchiri. (74) Este monte se llama Mataucutu, y más allá hay otro llamado Paypuhuana, desde donde se baja a Huaruchiri; así se llaman estos dos montes. En aquel monte, pues, empezó Paryacaca a echar una inmensa lluvia y después empezó a caer un granizo de color amarillo y rojo, que arrastró a todos aquellos hombres al mar, sin perdonar a nadie. (75) Esta gran cantidad de agua caída hizo que las cimas del Huaruchiri se convirtieran en valles. Hecho esto, Paryacaca, sin hablar más con los otros yuncas que habitaban estos pueblos, pues a pesar de que habían visto sus hazañas, no le hacían caso, se marchó a las tierras de Cupara.

(76) En aquella sazón los habitantes de Cupara padecían mucho a causa de una gran escasez de agua y vivían llevando el agua de una exigua fuente a sus tierras. La fuente brotaba de aquel gran monte que está encima de San Lorenzo, que ahora se llama Sunacaca. Había allí un gran lago, de donde llevaban las aguas a lugares más bajos y a lagos más pequeños, y sacándola de éstos, regaban sus campos.

(77) De este pueblo era una mujer llamada Chuquisu, de muy hermosa apariencia. Esta regaba su maíz, que iba a secarse por la sequedad, y se dolía amargamente porque el agua era tan poca. Cuando Paryacaca lo oyó, puso su capa en la boca de aquel pequeño lago y la obstruyó, por lo cual la

mujer se quejó con grandes gritos. (78) Paryacaca, al ver esto, la interrogó: "Hermana, dijo, ¿por qué te quejas con tanto fuerza?", y ella le respondió: "Porque harás, padre, que mi maíz perezca por la sequedad". Y entonces Paryacaca: "No llores, exclamó, pues yo haré salir de este lago una gran cantidad de agua; pero antes has de entregarte a mí". (79) Y la mujer respondió: "Antes saca el agua, y cuando mi campo quede regado, entonces seré tuya". Aceptó él esta condición y sacó una inmensa cantidad de agua, y la mujer, sumamente alegre, pudo regar ampliamente sus campos. Terminado el riego, pidió a la mujer que se acostara con él, y ella le respondió que en aquel momento no, y le prometió que al día siguiente u otro día después había de yacer con él. Paryacaca, ardiendo con inmoderado amor por esta mujer, con tal de poseerla la prometió también que haría que el campo de ella se regara con las aguas sacadas del mismo río. "Hazme esto, le contestó la mujer, y en seguida nos acostaremos".

(81) Entonces Paryacaca consintió en ello. Aquel canal (este que va del valle de Cucuchalla hasta el montecillo que está encima de San Lorenzo y que fué antes el canal de los yuncas, llevaba muy poca cantidad de agua), a éste, digo, Paryacaca lo ensanchó y lo alargó hasta los campos de los cuparas, y los pumas, zorros, serpientes y toda clase de animales le limpiaron y le pusieron en la magnífica forma en que ahora está.

(82) Para arreglar este canal, los pumas, tigres y otras fieras deliberaron sobre quién estaría al frente, y cada uno pretendía serlo; pero el zorro dijo: "Yo soy el guía y dirigiré a los demás". Y así se puso al frente de aquella multitud, y los demás animales le siguieron hasta la mitad del cerro que está encima de San Lorenzo, pues cuando allí llegaron, de repente salió volando y cantando de los matorrales una perdiz.

(83) Y el zorro, asustado, cayó abajo y se despeñó, y los demás animales, muy irritados, siguieron a la serpiente. Y si el zorro no se hubiera caído allí, el canal correría un poco más arriba del lugar por donde corre ahora. Aún hoy se ve claramente el sitio donde el zorro se cayó, pues en aquel mismo sitio el agua forma una catarata.

(84) Y una vez que hubo terminado todo esto, Paryacaca pidió a la mujer que se le entregara. "Vamos, dijo ella, a

las peñas de arriba y allí nos acostaremos". Ahora se llaman estas peñas Yanacaca. Y allí, finalmente, se acostaron, y después de haberse acostado, la mujer exclamó: "Ea, ¿adónde iremos ahora nosotros?", y Paryacaca contestó: "Sígueme", y la condujo a la boca de aquel canal que se llama Cucuchalla. (85) Llegados allá, aquella mujer, llamada Chuquisusu, decidió quedarse perpetuamente en aquella acequia, y al instante mismo se quedó cambiada en una piedra. Paryacaca, apartándose de aquel lugar, se encaminó a la montaña; pero de esto hablaremos más adelante.

La piedra que aún existe en la boca del canal de Cucuchalla es, pues, la mujer llamada Chuquisusu. En la otra acequia de más arriba, que entonces se llamaba Huncumpa, está Cuniraya, pues Cuniraya también se quedó petrificado y acabó allí. Mas sus hazañas las narraremos en los capítulos siguientes.

CAPITULO VII

Cómo los Cuparas adoran aún a Chuquisusu

Los Cuparas traen su nombre de una tribu llamada Cupara, y viven aún agregados a la reducción de San Lorenzo. (87) Una familia de esta tribu lleva el nombre de Cahuinchu, y a ésta pertenecía aquella Chuquisusu de quien hemos hablado ya.

En tiempos antiguos, en el mes de mayo, y esta costumbre aún se conserva en nuestros días, sus habitantes solían hacer la limpieza de las acequias, y con este motivo todos los hombres iban al lugar donde estaba la estatua de Chuquisusu, la adoraban como una divinidad y la ofrecían chicha, ticti, regalos y llamas.

(88) Y hecha la oración, los hombres eran encerrados durante cinco días en unos cercados sin que pudieran salir, y allí se banquetearon. Al quinto día, terminada ya la limpieza de las acequias y realizadas las demás ceremonias, se volvían de allí los hombres cantando y bailando. Llevaban en medio una mujer, a la que llamaban Chuquisusu y a la que ofrecían presentes. (89) Cuando esta mujer llegaba a un pueblo, toda la

gente decía que se aproximaba Chuquisusu, y la estaban aguardando unos con chicha y otros con otras cosas de este jaez, y durante toda la noche pasaban juntos con bailes y en medio de una gran fiesta. Después, cuando todavía vivía el alcalde Don Sebastián, en las fiestas del Corpus Christi y en las Pascuas de Resurrección, una mujer que decían que era Chuquisusu, sacaba con un gran cántaro de una gran cuba la chicha y la distribuía por orden a todos, diciendo que aquella era la chicha de su madre. (90) Después les daba también maíz tostado, sacándolo de una gran calabaza. Terminada la limpieza de las acequias, los hombres eran agasajados con continuos banquetes y les daban maíz, alubias y otras cosas de este género. Y poco a poco se aumentaba la muchedumbre de hombres, y los aldeanos exclamaban: "Ya están limpias las acequias de Chuquisusu; ea, vayamos a ver", y salían de Huaruchiri y de los demás pueblos cercanos y se dirigían a aquel lugar.

(91) Ahora también todo esto hacen al mismo tiempo que la limpieza, e igualmente hacen sus adoraciones. Ni el alcalde ni ningún otro preguntan por qué lo hacen, y no sólo no han impedido esta ceremonia hasta la fecha, sino que también con aquellos indios bailan y beben hasta emborracharse. Y al sacerdote los indios le engañan diciendo: "Padre, voy a limpiar las acequias, bailaré, beberé". (92) Esto lo hacen casi todos; algunos no lo harían si allí estuviera un buen sacerdote, y otros hasta la fecha lo siguen haciendo con las mismas costumbres de antaño.

CAPITULO VIII

Ya hemos hablado de la vida de Huallallu Carhuinchu, pero no hemos expuesto aún el lugar donde vivió y los pueblos que fundó.

(93) Este hombre, en sus primeros tiempos, moró cerca del Paryacaca alto, aunque no sabemos qué nombre tendría este lugar en aquellos tiempos. Ahora se llama Mulluccucha, porque Paryacaca, combatiendo contra Huallallu, cuando éste ardía como fuego, para matarlo transformó este sitio en lago. Pues bien, este lago de Mulluccucha se dice que fué entonces la residencia de Huallallu.

(94) En aquel tiempo todos estos lugares los habitaban tan solamente los yuncas, y estaban llenos de culebras de gran tamaño, de caquis y de toda otra clase de animales: Los yuncas, como hemos dicho en los capítulos anteriores, se alimentaban de carne humana. Cuando Paryacaca salió a combatir a Huallallu Carhuinchu, aquellos cinco huaccas que constituían Paryacaca se reunieron en uno. Y esto realizado, se siguieron grandes fríos; cayó también granizo mientras ellos se disponían a la lucha.

(95) En estas circunstancias vino un hombre con un hijo suyo y con corales, coca, ticti para ofrendarlos a Huallallu. Uno de los Paryacacas le interrogó: "Hijo, ¿a quién vas a adorar?", y aquél contestó: "Padre, traigo a este querido hijito a Huallallu para que él lo devore". A esto le respondió Paryacaca: "Hijo, no se lo lleves a él sino vuélvete a tu pueblo, (96) y los corales, la coca y el ticti dámelos a mí; pero a tu hijo vuélvete a llevar contigo". Y además le aconsejó esto: "Vuelve dentro de cinco días aquí para que me veas luchar. Si ves que por la muchedumbre de las aguas venzo a mi enemigo, podrás decir que tu padre ha vencido, y si ves que él por la fuerza de sus fuegos venciera, dirás que mi lucha ha terminado". (97) Habiendo hablado de esta forma, aquel hombre, lleno de temor, le preguntó si Carhuallu no se irritaría contra él, y Paryacaca le respondió: "Aunque se irrite no podrá nada contra ti, porque yo le convertiré en un hombre sujeto a toda clase de males, desnudo, despreciable y además engendraré otro hombre y otra mujer". Y mientras así hablaba de su boca salía un aliento parecido a humo azulado.

(98) Y aquel hombre, sacudido por el temor, al verle así, todo lo que llevaba para Carhuallu se lo ofreció a él. Y el quíntuple hombre, rechinando los dientes, empezó a devorar todo lo que le habían ofrecido. Y el hombre regresó a su casa llevándose a su hijo. Cinco días después volvió, como se lo había mandado Paryacaca, para ver su lucha. (99) Paryacaca, después de los cinco días, como había predicho, comenzó la pelea con Huallallu Carhuinchu, que se dice, sucedió de esta manera.

Como Paryacaca estaba formado de cinco cuerpos, hizo caer al mismo tiempo grandes lluvias desde cinco lugares. Esta

lluvia era amarilla y roja. Después empezó a lanzar rayos desde cinco regiones del cielo; pero Carhuallu Carhuincho, desde la salida del sol hasta su puesta, bajo la forma de un gran fuego que llegaba hasta el cielo, ardía con un fuego inextinguible.

(100) Entonces todas aquellas ingentes aguas que provenían de las lluvias de Paryacaca se precipitaron en un lago, y como éste no podía contenerlas todas, un hombre llamado Llacsá Churapa, para que no inundaran los campos, las contuvo oponiéndolas unos montes, y consiguió que la fuerza aquella de las aguas quedara convertida en el lago que ahora se llama Mulluccucha (el lago del coral). (101) Y juntas así en el lago todas aquellas aguas se pudo fácilmente apagar aquel fuego ardiente, y mientras tanto Paryacaca no cesaba de lanzar rayos. De forma que Huallallu Carhuincho se vió obligado a huir a los Andes. Uno de los hijos de Paryacaca le siguió y se detuvo en la misma entrada de los Andes para vigilar, no fuera a ser que volviera Huallallu, y hasta este día habita allí. Su nombre es Sulca Illapa.

(102) Vivía en el tiempo que Paryacaca venció a Huallallu una mujer llamada Manañamca, compañera del mismo Huallallu Carhuincho. Esta mujer era también un demonio que habitaba en aquellas vastas regiones que están debajo del monte Mama. Aquí vino Paryacaca a dominarla. Entonces Manañamca ardía toda como fuego, y Paryacaca se subió a Tumna para atacarla y ella, arrojándose al suelo agarró por un pie a uno de los hijos de Paryacaca, llamado Chuquiquampu, y lo derribó.

(103) Mas Chuquiquampu no se apartó de allí, pues, como diremos más abajo, iba a quedarse cojo. Paryacaca alcanzó la victoria y arrojó a sus enemigos hacia el mar. Y ya vencedor, se volvió donde yacía su hijo Chuquiquampu, mutilado, por habersele roto la pierna. Y no quiso moverse de allí, pues decía que quería vigilar a aquella Manañamca para que no volviera. (104) Y el padre aprobó su determinación y mandó que se le proporcionara toda clase de comida. Dió estas instrucciones: "Todos los vecinos de estos dos valles te han de proporcionar en el porvenir coca. Nadie se atreverá a mascarla antes que tú lo hicieres; después de ti, todos, cada uno de su campo, podrán mascarla. Las llamas estériles o que no pa-

ren más te las ofrendarán en sacrificio: (105) con esta condición, que las corten las orejas y que las comas tú". Los indios, los que tenían coca, obedeciendo a esta ley, le traen coca y se la ofrecen a él primero desde Saucaya, Chuntaya, Chichima, Mama, Huayucalla, Sucyacancha. Y lo mismo siguen haciendo hoy, aunque ocultamente.

C A P I T U L O I X

Cómo Paryacaca, después de haber realizado todas estas cosas, empezó a dar instrucciones para ser adorado

(106) Hasta aquí hemos hablado de las victorias de Paryacaca; pero nada hemos dicho de la vida de Huallallu Carhuinchu que siguió a la sentencia de Paryacaca.

Paryacaca, después de haber vencido y obligado a Huallallu Carhuinchu a refugiarse en los Andes, dispuso que aquel Huallallu, por haberse alimentado de carne humana, se alimentara, en adelante, de carne de perro, y que los huancas celebraran su culto. He aquí por qué los huancas le ofrecían en su fiesta carne de perro. (107) En consideración de que su dios se alimentaba de carne de perro, también ellos la comían, y por esta razón a los huancas les llamamos aún hoy comeperros.

Como hemos dicho en los primeros capítulos, todos estos pueblos fueron yuncas; así todos los pueblos de las provincias de Huaruchiri y Chacla Mama fueron también yuncas. (108) A todos estos yuncas Paryacaca les arrojó hacia las regiones bajas con el propósito de que sus hijos fueran a colonizar aquel territorio. Y aunque todos los que vencieron a estos yuncas son considerados con el nombre común de hijos de Paryacaca, sin embargo, uno solamente fué verdadero hijo suyo, no los demás, y éste fué el que nació del fruto del árbol. Los nombres de estos hijos, comenzando desde el mayor, son: Chucpaycu, Chancharuna, Huriruna, Utcuchucu, Tutayquiri, Huaquínri, Hasenmali. (109) Todos estos fueron, pues, los que vencieron a los yuncas. Después, Paryacaca tuvo otro hijo, el único que nació de la tierra, y se llamaba Pachachuyru. Las hazañas de éste, que hemos omitido en todos los capítulos precedentes, las contaremos más abajo.

Pues bien, estos que mencionamos, es decir, Paryacaca y sus hijos, vencieron y arrojaron a todos los yuncas. (110) Los yuncas, olvidando al dios que antes tenían, empezaron a rendir culto a Paryacaca, y esto lo hicieron todos los yuncas. En aquel tiempo los yuncas se habían establecido en los pueblos de los Chicas, que se llaman Culli. Sería largo de enumerar, uno por uno, los pueblos ocupados por aquéllos, por lo cual, a fin de que se pueda uno formar idea de cada uno, trataremos de sus costumbres en general, tanto más cuanto los yuncas todos vivían poco más o menos de la misma manera. (111) Paryacaca, según iba apoderándose de la sierra, se establecía allí y ordenaba que se le rindiese culto. Esto se hacía igual en todas las partes y consistía en esto: entre todos los descendientes de un mismo tronco (112) mandaba a uno solo esto: "Tú, cada año, conforme a mis instrucciones, celebrarás mi fiesta. Los sacerdotes se llamarán Huacasas o Huacsas; bailarán tres veces al año llevando coca en grandes sacos de cuero". Además, en aquellos remotos tiempos se servían de unas señales para ver a quién podrían elegirle Huacsa. (113) Eran así. Un hombre del pueblo de Cacasica, maestro de estas ceremonias —desde las edades más remotas estos maestros eran uno o dos y se llamaban Yanca, cuyo nombre era igual en todos los pueblos—, este hombre, digo, observando desde una pared construída expresamente la llegada del sol, y en el momento en que éste alcanzaba aquella pared: "No hoy, decía, sino mañana hay que marchar", anunciaba a los aldeanos el día exacto de la marcha.

(114) Siguiendo, pues, a este Yanca, los hombres marchaban a adorar a Paryacaca. Y antiguamente llegaban hasta él; ahora se limitan a ir desde Chica hasta el monte Incacaya, y allí rinden culto a Paryacaca. Este monte se levanta detrás de la Casa Desierta, y la domina y va a parar a otro monte llamado Huallquiri. Todos los hombres y mujeres en él se juntan para celebrar su fiesta.

(115) Bajo la presidencia de los Yancas celebran sus carreras a ver quién llega primero a la cumbre de aquel cerro, siguiendo cada uno a su llama macho, y los más fuertes llevan a hombros una cabra o un llama, corriendo cada uno con todas sus fuerzas. Al llama macho que llega primero le consideran como el preferido de Paryacaca, y a él le solían dar este mismo

nombre de Paryacaca y mandando que se llamase de esta manera. El llama cachorro que llegaba primero a la cumbre, a su dueño el Yanca le declaraba hombre muy feliz, como a quien Paryacaca amaba: e imponía el nombre al llama y le inmolaba.

(116) Esta fiesta se llamaba "auquisna", así como la de Chaupiñamca se decía "chaycasna". De esta última hablaremos después. La fiesta de la auquisna caía en el mes de junio; ahora, generalmente la hacen coincidir con la Pascua de Resurrección.

(117) En esta fiesta los huaccas, en número de diez o veinte, organizan el canto y baile. Y tienen sumo cuidado —a no ser que los sacerdotes (católicos) se lo prohiban— de que esta ceremonia no tenga descansos. A tal punto, que si se da el caso de que alguien que haya dejado de celebrar ese rito se muere, dicen que murió por esta omisión. Por esto les enseñan a bailar desde niños. Sin embargo, los Surcas, en lugar de los bailes auquisna y chaycasna, prefieren bailar danzas pastoriles.

(118) Los vecinos de este pueblo, cuando alguno se casa, con tal de celebrar esos bailes, no le toman ningún predio ni otra cosa alguna, aunque sea forastero, sino que más bien le honran y le ayudan.

Los cantores que habitan en Surco, de cualquier condición que sean, si bajan a Suquicancha a comprar coca, lo hacen con estas palabras: "Madre, yo soy huacsa; ayúdame, pues". (119) Y esta solemnidad, que ahora suelen hacer coincidir con Pascua de Resurrección, la celebran con mayor pompa que los demás pueblos. Para poderla celebrar van de pueblo en pueblo pidiendo a sus sacerdotes gallinas, maíz y otras cosas por el estilo, y ellos se las dan de muy buena gana.

De la misma manera los huaccas bailan y cantan en la fiesta de Chaupiñamca, (120) que hoy todo el mundo dice que coincide con la fiesta del Corpus Christi. Cómo sea esta fiesta, en qué lugar se celebra y con qué ceremonias lo diremos en los capítulos siguientes. Ahora volvamos a Paryacaca para contar lo que hacían en su fiesta, que era poco más o menos de esta forma:

(121) En la víspera de las fiestas de Paryacaca, todas las personas que en el año hubiesen perdido algún familiar, va-

rón o hembra, todos, digo, hacían aquella noche su lamentación gritando que aquellos muertos irían al día siguiente a ver a Paryacaca. Convenido, pues, el enviar al día siguiente a sus muertos al dicho Paryacaca, en aquella noche celebraban sus banquetes y preparaban los manjares para ofrecérselos a los muertos, en la convicción de que irían a acompañar a sus muertos donde Paryacaca, con el cual permanecerían eternamente, (122) sin posibilidad de regreso. Hacían, pues, sus sacrificios con un cachorro de llama o, a falta de esto, con coca que metían en una bolsa de cuero.

Además, observaban el corazón del llama, y si era de buen agüero, pensaban que el sacrificio había sido aceptado; pero si era malo, creían que presagiaba alguna desgracia. Entonces los Yancas decretaban que no hubiese sacrificios, que debían de haber cometido algún delito y que sus muertos habían incurrido en la ira de Paryacaca: (123) que le pidiesen perdón por los pecados para que no recayesen encima de ellos. Así respondían los Yancas, que, terminados los sacrificios de todos los llamas, aunque fuesen muchos miles, se reservaban las orejas y los lomos, asegurando que era su recompensa.

A la tercera vez de ejecutar, en el año, la danza sagrada, en el mismo día dejaban el sacerdocio. (124) Para nombrar un nuevo huacca cuando el predecesor hubiese celebrado su tercera danza, salían todos en Llacsatampu, así como también los Cunchas, al medio del campo. Cada uno llevaba una flor o un ala de cualquier pájaro, o algo parecido, que ponían en el medio sobre una piedra llamada también Llacsatampu. Colocados esos objetos en el lugar mismo donde hoy se alza la cruz, permanecían allí durante toda la noche con la esperanza de que el próximo año fuera próspero.

(125) Al día siguiente, dando la vuelta a todos los pueblos en el monte Macachu, cerca de Chaucalla y de Quimquilla, todos los huaccas, echando coca en sus bolsas, solían danzar durante cinco días enteros. Al sexto, al amanecer, inmolaban al diablo en Llacsatampu un llama o animal parecido, y aún hoy lo hacen con el mismo espíritu que antes en casi todos los pueblos: (126) a no ser que en estos últimos años en que el doctor Francisco de Avila fué su instructor y maestro se ha-

yan olvidado de su superstición. Sin embargo, los que aún no están convencidos podrían tal vez convertirse si tuvieran un sacerdote, pues algunos se hacen cristianos sólo por el temor de que el Padre venga en conocimiento de que son idólatras: (127) y aún recitan el "rosario", aunque más bien lo llevan como un adorno. Y la mayoría, aunque se abstienen de las supersticiosas ceremonias, sin embargo se hacen sustituir por viejos contratados al objeto para que hagan las adoraciones por ellos.

Mas los cunchas, como dijimos, sacrifican a Paryacaca en sus fiestas fijadas, en el monte llamado Huaychu. Todo lo que hacen los Huaccas de los Chicas lo hacen ellos también, y danzan del mismo modo. (128) En Sunicamcha, en el monte aquel que se llama (.), suelen celebrar las fiestas fijadas de Paryacaca con las mismas ceremonias.

Análogamente, los habitantes de Santa Ana y de San Juan, que todos son llamados con el mismo nombre de Chauca-rumas —ocupan aquel lugar por donde bajamos al río Huacarayqui—, reuniéndose todos en el monte Acusica celebran los cultos en las fiestas de Paryacaca. Y para no dejarlas caer en desuso, unos las hacen coincidir con la Pascua de Resurrección y otros con la de Pentecostés. (129) Y para celebrarlas con mayor libertad se alegran mucho si en esa época el cura se marcha a Lima. Y eso es pura verdad.

Estas fiestas de Paryacaca cada pueblo empezó a celebrarlas en los montes que dijimos, desde la llegada de los europeos, pues antes acostumbraban a ir a Paryacaca; (130) a saber: los Yuncas que habitan en Culli, Carhuayllu, Rurican-chu, Latimu, Huauchuhuayllu, Paryacha, Yañaccu, Chichima, Mama; los Yuncas llamados Hucmayos, y los Casicayas, que se llaman también Hucmayos; los Pachacamacc y los Caricanchilcas; (131) además, los que viven en el río Huaruchiri, todos los Huarancas, todos, para decirlo en una palabra, los Yuncas, incluidos los Mayos, iban a Paryacaca, llevando chicha, coca y otras víctimas.

Y cuando la gente sabía con certeza que los que habían ido al Paryacaca estaban de regreso, se juntaban todos en un mismo lugar y les esperaban para preguntarles (132) qué ánimo tenía el padre Paryacaca hacia ellos, si propicio o irritado.

Y entonces con alegría bailaban durante cinco días enteros, hasta que, terminado el quinto, se dedicaban a otra cosa.

Hoy, en apariencia, parece que todos los Yuncas han renunciado a este culto; (133) sin embargo, lo guardan secretamente. Pues creen que al dejarlo toda la raza de los Yuncas por este crimen se extinguiría. Y los mismos Yuncas dicen que a los Sulcas les va bien porque guardan las antiguas costumbres, y por este motivo ellos y sus cosas prosperan de día en día.

C A P I T U L O X

Quién fué Chaupiñamca, dónde ha residido y con qué ceremonias ordenó que se la adorase

Hemos terminado la narración de la vida de Paryacaca (134) Lo que hemos dicho en el capítulo IX sucintamente sobre sus hijos lo vamos a contar a continuación detalladamente, junto con las hazañas y las victorias que alcanzaron de los que llamamos Yuncas.

Empecemos, pues, por la vida de Chaupiñamca. Esta era hija de un señor de Anchicucha, llamado Tamtañamca, (135) y estuvo casada con un mendigo cuyo nombre era Huatyacuri (esta historia la contamos en el capítulo quinto), y tuvo cinco hermanas. Chaupiñamca, la mayor de todas, por mandato de Paryacaca descendió a Mama de abajo para vivir allí, y por esto se la llamaba Mamañamca y se vanagloriaba de ser procreadora de hombres. (136) Y aunque la gente dice que era una hermana de Paryacaca, ella, sin embargo, cuando se venía a hablar de esto, aseguraba que era hija suya.

Esta Chaupiñamca se convirtió después en una piedra rígida con cinco alas. A celebrar su fiesta iban como a la de Paryacaca para celebrar sus contiendas. Así, pues, celebraban sus carreras llevando un llama u otro animal parecido. (137) A aquel llama que por sí mismo llegaba primero a Paryacaca solían llevárselo a él.

En este estado de cosas, a esta estatua de Chaupiñamca, notable por sus cinco alas, a la llegada de los europeos, un sacer-

dote titular de Mama la sepultó en un establo de caballos, y allí se encuentra todavía bajo la tierra.

A Chaupiñamca todo el mundo la solía llamar Mama; (138) hoy se llama Mama de San Pedro.

Esta mujer, en otro tiempo, cuando andaba en forma y figura humana, se prostituía con todos los Huaccas, cuando encontraba a un varón que le parecía a propósito. Había en el monte cercano de Mama un Huacca llamado Rucanacutu. Sucedió que este Rucanacutu —al que después los hombres que tenían algún órgano corto rogaban que se lo hiciera mayor—, (139) como fuese hombre de gran fortaleza, dejó cumplidos los deseos de aquella Chaupiñamca, hasta el punto de afirmar ésta que él era el mejor de todos los Huaccas, y decidió permanecer perpetuamente allí con él, y así ambos quedaron convertidos en piedras en el lugar que se llama Mama.

Ahora vamos a hablar de las hermanas de Chaupiñamca. La mayor fué esta misma Chaupiñamca; venía luego Llacsahuatu; (140) a ésta la siguió Mirahuatu, y por último, Urpayhuachacca; de la menor desconocemos el nombre (se llamaba Llatuhuachacc). En total, fueron cinco. A cualquiera de ellas que la gente tuviese que consultar, claramente decían que tenían que decir algo a las hermanas.

(141) Ahora es costumbre que la fiesta de Chaupiñamca caiga en el mes de junio, en el día del Corpus Christi. Antes, un Yanca, contemplando la salida del sol, fijaba la fecha de la fiesta.

En el capítulo noveno dijimos que los Huaccas bailaban todos los años; pero no explicamos qué clase de baile era ni de qué manera lo celebraban tres veces al año. (142) El día que se llama "auquisna" celebraban la fiesta de Paryacaca; ahora bien, en la fiesta de Chaupiñamca danzaban del mismo modo. Este día lo hacían coincidir con la fiesta de San Andrés, en el mes de noviembre, y llamaban chanco al baile, que describiremos abajo más detalladamente. (143) Ahora volvamos a la fiesta de Chaupiñamca. En ésta, los Huaccas, echando coca en sus bolsas, bailaban durante cinco días; los demás, vestidos con pieles que llaman de león, aunque, en realidad, son de llamas, bailan también y aun danzan los que carecen de pieles.

Los que tenían pieles de león creían, entonces, que iban a engordar, y su baile se llama "huantaycucha".

(144) Danzaban otro género de bailes, el denominado "ayno", y otro que se llamaba "casayacu". Chaupiñamca se deleitaba mucho con la celebración del casayacu, pues los bailarines primero amontonaban en un sitio sus trajes y bailaban desnudos, tapando solamente sus partes con unas bragas de algodón: (145) después, seguían bailando completamente desnudos por creer que al verles así disfrutaba más Chaupiñamca y que el otoño sería próspero.

Estos son los ritos que solían ejecutar en la fiesta de Chaupiñamca.

C A P I T U L O X I

Cómo bailaban el baile llamado chanco y después contaremos cómo Tutayquiri fué hijo de Paryacaca. Esta historia es de esta manera

En el capítulo noveno enumeramos sólo los nombres de los hijos de Paryacaca, sin exponer detalladamente su vida.

(146) A continuación vamos a contar las victorias de uno de ellos, Tutayquiri. El baile que se celebra en su fiesta se llama "chanco". Pues bien, aun en los tiempos antiguos, los Chicas eran tenidos por Quintis, pues eran los últimos nacidos de los Quintis. Y los Chicas les despreciaban por ser éstos los más pequeños.

(147) Un día, Tutayquiri les dijo: "No os aflijáis, hijos míos, porque os traten mal los Chicas, pues en el porvenir se os llamará Chicas Huilcas, mientras a estos Quintis que se burlan de vosotros se les despreciará como mendigos". Así les habló.

Y pocos días después, Tutayquiri con sus hermanos empezó a mofarse de los Yuncas de Llacsatampu. (148) Los Yuncas, al oír sus palabras, se atemorizaron y se marcharon al pueblo de más abajo, que se llama Culli.

Los Cullis ahora limitan con los Carhuayllos; pero sus muertos aún los sepultan, en el día de hoy, en el cementerio del viejo pueblo de arriba.

(149) Después, Tutayquiri bajó a los valles de Sisicaya y de Mama en forma de una lluvia amarilla y roja, y todos los pueblos se juntaban para esperarle y adorarle. Y a estos fieles cesó de maltratarles y les exhortaba para que se quedasen allí, pues así tal vez reconocerían a su padre. Desde entonces reconocen a los Chicas por hermanos, (150) y declaran que son sus hermanos menores, como les había sido predicho.

Y en la actualidad los de San Pedro de Mama sostienen que son tocayos y conciudadanos de aquéllos, y lo mismo los Allaucas y los Huchicamaris vivían como hermanos de los Chicas. Además, estos Chicas llamaban al camino de Tutayquiri "el camino de su hombría", y cada año, todos juntos, solían ir a cazar en el mes de noviembre.

(151) En esta ocasión pedían las lluvias, creyendo que en el tiempo de la caza iría a llover. Al empezar, pues, ésta que, como decimos, la llamaban "la hombría de Tutayquiri", todos los que salían a ella, Huaccas o no Huaccas, iban a dormir al pueblo de Mayanu, más allá del lago Tupi.

(152) Si en aquel día cogían un guanaco o una cabra u otro animal por el estilo, el que la cogía se lo regalaba al Huacca que en aquel momento fuese el sacerdote de su pueblo, guardando las colas, con que celebraban el baile llamado ayno. Si no cogían ningún animal, se limitaban a bailar el "chanco". Al día siguiente salían de Mayanu hacia Tumna, (153) donde les esperaban los habitantes, varones y hembras, en Huasuctampu, diciendo que ya llagaba Tutayquiri.

Este Huasuctampu se encuentra en medio de la plaza de Tumna, donde hay unas piedras, y, en este lugar, en el medio, se juntaban antes para celebrar su culto. (154) Y allí también se juntaban para hacer la oración los Chautis y los Huanris cada uno con su chicha. Terminadas las ceremonias, al día siguiente los Huaccas se llevaban las ofrendas que habían recibido, y diciendo que ya era "macayuccos", volvían a Pacuta y allí pasaban la noche. Al amanecer se dirigían nuevamente a Llacsatampu.

(155) A la llegada de éstos, todos los que en la ciudad habían quedado, de cualquier edad o clase que fuesen, les estaban esperando con chicha.

Cuando llegaban, pensando que venían muy cansados, echaban al azar chicha encima de ellos y en el suelo, en la puerta por donde se ingresa a Llacsatampu, (156) y los que venían de los valles inferiores ataban a las bocas de sus cántaros unos pedacitos de carne.

Después, toda la muchedumbre se desparramaba por los campos, unos para bailar el "ayñu", otros el "chanco". Creían ellos que la temporada de las lluvias coincidiría con el tiempo de aquel "chanco". (157) Con este objeto en la casa del Yanca llamado Isquicaya había un tronco de madera o cosa parecida, y si veían que aquella madera manaba agua por todos los lados, conjeturaban que el año entrante iba a ser próspero; si, por el contrario, la madera permanecía seca, opinaban que se les predecía una gran escasez.

C A P I T U L O X I I

(158) En el capítulo diez contamos lo que se nos ha transmitido de las victorias de los hijos de Paryacaca. Advertimos también que en otra época todos estos pueblos fueron habitados por Yuncas. Ahora vamos a hablar de las hazañas de Chucpaycu, Chancharuna, Huariruna, Utechucu, Tutayquiri, Sasinmari y Pachachuyru. Todos éstos, en tiempos pasados, por ser hermanos solían combatir todos juntos.

(159) A Chucpaycu, el mayor de todos, le llevaban en unas andas con gran veneración: Pero Tutayquiri, por su fuerza, aventajaba a los demás, y con su fuerza fué el primero que venció a Iscaymayu. En Uncata, en el territorio de Paryacaca, hay un monte de color negro. (160) Allí colocó una vara de oro. Perdonó a los Yuncas que, sin conocerla, se habían atrevido a maldecirla, y decretó que los Yuncas, aunque no hubiesen venerado a aquella vara, habrían de reducir, sin embargo, en su mano aquella región, y él mismo los estableció allí. El monte donde colocó la vara se llama Uncata Caparicaya. Los hermanos de Tutayquiri, siguiendo el camino empezado —cuan-

do se sube del lago Tupi se hallan dos caminos: uno, por el cual entramos antes en Quisquitampu, y otro, desde donde vemos Lima y se llama Tumnacha— (161) y yendo por él oyeron que Tutayquiri había concluído ya la guerra, y regresaron, porque tenían la fuerza de Tutayquiri, a pesar de que ellos también eran muy robustos.

Por lo tanto, bajaron hacia Huaruchiri, en Uracarancu. Pero Tutayquiri también les precedió allí. (162) En aquel distrito una hermana de la ya mencionada Chuquisusu le esperaba, y con objeto de seducirle, mostrándole los senos y las partes, se dirigió a él con estas palabras: “Padre, reposa un poquito y bebe esta poca chicha y ticti”.

El se quedó. Visto lo cual se quedaron también sus hermanos. (163) Y si aquella mujer no le hubiese seducido, él con sus victorias habría extendido el territorio de los Huaruchiris y de los Quintos a la provincia de Allauca Pacha y al territorio de los Huarancos.

Expondremos después la vida de cada uno de ellos y sus hazañas.

C A P I T U L O X I I I

Los de Mama cuentan de otra manera la historia de Chaupiñamca. Lo que dicen es lo siguiente: En tiempos antiquísimos existió una Huacca, llamada Hananmaclla, cuyo esposo fué Intis: hijos suyos fueron Paryacaca y Chaupiñamca. (164) Esta Chaupiñamca fué gran procreadora de seres de ambos sexos, y por esta semejanza suya con Paryacaca los de Mama, cuando iban a celebrar el día de éste, en la víspera del Corpus Christi, solían ofrecer un poco de chicha a Chaupiñamca.

Algunos la ofrecían también toda clase de sacrificios, inmolándola conejos y cosas parecidas. (165) Se juntaban todos, varones y hembras, los próceres y el alcalde, y pasaban toda la noche bailando la “ayllihua”, muy alegres, bebiendo vino hasta emborracharse, y durante toda la noche aquella hasta el amanecer bailaban. Después, salían al campo, no para trabajar, sino para beber y emborracharse, diciendo que era la fiesta de su madre (167)—así lo hacían, a lo menos, antes

de la llegada de los europeos—, y durante cinco días, en el mes de junio, vestidos con sus mejores trajes, los pasaban bebiendo. Desde aquel tiempo, por el temor que tienen a los europeos, celebran su culto en la víspera del Corpus Christi. De todas las hermanas, Chaupiñamca fué la mayor; la segunda se llamaba Casallacsa. (168) También solían hacer libaciones en su honor en la misma víspera, así como a las demás hermanas, cuyos nombres eran Urpayhuachacca y Huichicmalla. Los Chicas dicen que existieron cinco Chaupiñamcas: la mayor se llamaba Cotacha Palta, a la que llamamos vulgarmente Chaupiñamca. La segunda, Llacsahuatu, a quien llamamos Copacha. (169) Esta Llacsahuatu habita en Chillacu. En otro tiempo, mientras vivió don Diego Chaucahuaman, alcalde de Sisicaya, los de Chillacu con otros pueblos solían celebrar su fiesta, que continuó hasta que entró de alcalde don Martín. No se sabe en qué mes se celebraba esta fiesta.

(170) Otra hermana fué Ampuchi o Ampusi, que nosotros llamamos Mirahuatu; de ésta no sabemos, con seguridad, en qué lugares ha residido. (171) Sin embargo, dicen que vivía con su hermana Llacsahuatu. Los de esta provincia, o los de Huaruchiri, o los de otras provincias, si por casualidad se les ponía enfermo el hijo, hermano, padre u otro cualquiera, iban allí a consultarlas. (172) Hace sesenta años la sacerdotisa de estas Huaccas fué una cierta Chumpitilla; y mucho antes, cuando vivía todavía don Diego, lo fué una tal Lucía, mujer ya prosecta.

Las adoraban con estas palabras: “Llacsahuatu, Mirahuatu, tú eres creadora de hombres. (173) Tú conoces mis pecados mejor que Chaupiñamca. Dime, pues, por qué me encuentro enfermo, en qué he pecado para sufrir de esta manera”. Con estas palabras dejaban a entender claramente que las hermanas vivían juntas.

(174) También las veneraban con mayor devoción que a Chaupiñamca, porque ésta no sólo les daba contestaciones inexactas, sino que también les engañaba. Por eso se dirigían a ellas, diciéndolas: “Ea, vayamos a consultar a Llacsahuatu Mirahuatu nuestros pecados para ver lo que nos contesta, pues lo que ella nos diga eso haremos”. (175) De esta manera ren-

dían culto a aquellas dos hermanas, y no solemnizaban cada año el día de Chaupiñamca, como antes solían hacerlo. A ésta iban a rendirle culto más bien por ostentación, yendo o no yendo, según les parecía.

Ahora hablaremos de Sullcacha o Sullcapaya, a la que llamamos Luncuhuachacc. (176) Esta Huacca, la cuarta de las hermanas, dicen que vivió en la región que se extiende hasta los Cantas. No sabemos si le rinden culto, ya que ella estaba distante de estos mismos Cantas.

Otra hermana, Añari o Añapaya, que antes citamos, vive en el mar. Unos dicen que allí estaba Cahuillaca, otros sostienen que habitaba cerca de la orilla del mar, en un escollo. No tiene sacerdotisa.

(177) Cuando iban a consultar a la Huacca Urpayhuachacc se presentaban con grandísima escrupulosidad, e introducidos donde ella estaba, le hablaban cara a cara, sin cinturón. Al regreso, convencidos de que habían hablado con ella, ayunaban un año entero y se abstendían de todo comercio con mujer.

(178) A todas estas Huaccas se las conocía con el nombre común de Ñamcas. Por esto, si alguno se acercaba a cualquiera de las hermanas, le invocaba con estas palabras: "¡Ah, cinco hermanas!", cualquiera que fuese la enfermedad que les afligía.

He aquí lo que sabemos de la vida de estas Chaupiñamca, Llacsahuatu, Mirahuatu Lluncuhuachacc y Urpayhuachacc. En otro tiempo, estas mismas Huaccas, a quien se les acercaba le preguntaban de parte de quién venían, si del nieto, o del hijo, o del padre, o del abuelo. (179) Si las decían que no, le mandaban que volviese y preguntase al nieto o al hijo, y ellos, volviendo, les preguntaban si habían ofendido a alguien o cometido adulterio, o si en la fiesta de Paryacaca hubiesen tenido comercio con mujer, y otras cosas por el estilo. Y, después de esto, les ordenaban que se bañasen en el río Tincu o que inmolasen un llama. (180) Estos mandatos los ejecutaban de muy buena gana, y unos sanaban, otros morían; pero de cualquiera manera que sea la cosa llegaba a su término.

Ya hemos oído lo que concierne a la vida de Chaupiñamca y demás hermanas. Pero cada pueblo cuenta las cosas de un modo distinto. Así sucede igualmente con los nombres, pues los habitantes de Mama los dicen de una manera, y los Chicas de otra. (181) Y así unos dicen que Chaupiñamca fué hermana de Paryacaca, otros que hija de Tamtañamca (del que hablamos en el capítulo quinto), ni faltan los que afirman que fué hija del Sol, aunque esto no merezca crédito.

C A P I T U L O X I V

En los capítulos anteriores hemos hablado de la vida de Cuniraya, si vivió antes o después de Paryacaca.

(182) Cuniraya Huiracucha, de quien ya hemos hablado, fué mucho más antiguo que Paryacaca y que cualquier otro Huacca. A él le veneraban más que a los demás, y hay quien dice que Paryacaca fué hijo de Cuniraya. Ahora contaremos lo que resta tocante a este Cuniraya.

Cuniraya, poco antes de la llegada de los europeos, se marchó a Cuzco. (183) Allí se entrevistó con Huayna Capacc, el Inca, y le dijo: "Ea, hijo, vayamos a Titicaca, allí te diré quién soy". Además, añadió: "Inca hay que enviar a tus ministros, a los magos y a otros sabios, a las regiones bajas". No bien hubo dicho esto, cuando el Inca los envió inmediatamente. (184) Y uno decía que había nacido del águila, otro del gavián, quién sostenía que era una golondrina voladora. A estos, pues, les envió el Inca a las regiones bajas y que dijese a su padre que el Inca les enviaba para que de allí le llevasen una esposa.

(185) El que había nacido de la golondrina, así como los otros nacidos de otras aves, prometieron que a los cinco días estarían de regreso, y se marcharon. El que había nacido de la golondrina llegó el primero, y, una vez llegado, dió cuenta de lo que le habían mandado. Le dieron entonces la esposa en una cajita y le mandaron que no la abriese, pues esto tenía que hacerlo Huayna Capacc. (186) Y el hombre tomó la caji-

ta; pero cuando estaba a punto de llegar a Cuzco: "Veamos, dijo, qué es esto", y abrió la cajita.

De ella salió una joven de gran nobleza y de maravillosa hermosura: tenía el pelo rizado, rubio como el oro; un vestido magnífico; pero era de estatura pequeñísima. Tan pronto como apareció, desapareció de la vista. (187) El mensajero, afligido con lo que había pasado, volvió a Cuzco y a Titicaca. El Inca le dijo: "Si no hubieses nacido de la golondrina, al momento mismo te mataría". Y le ordenó que se volviese inmediatamente a Paryacaca. Se marchó y de nuevo llevó la esposa. Mientras la traía, en el camino, agotado por el hambre y por la sed, apenas pidió de comer cuando, en el instante mismo, le fué preparada la mesa, y del mismo modo una cama para dormir. (188) Así, dentro de los cinco días, volvió a traer la esposa al Inca. Y cuando la hubo traído, Cuniraya y el Inca le acogieron muy amablemente; mas, antes de abrir la cajita, Cuniraya dijo: "Inca repartámonos este territorio. Yo ocuparé una parte, la otra ocúpala tú con mi hermana, pues no nos volveremos a ver más". Y así se repartieron la tierra y cada uno delimitó su parte. Y hecho esto abrieron la cajita.

(189) En el momento de levantar la tapa brilló en el cielo un relámpago. Pasado eso, el rey Huayna Capacc exclamó: "Ya no marcharé de aquí; sino en este mismo lugar me quedaré con mi señora y amiga". Y a un hombre de su tribu le dijo: "Vete, di que tú eres Huayna Capacc y regresa a Cuzco". Y sin más dilación él y la joven desaparecieron, y también Cuniraya.

(190) A la muerte de Huayna Capacc, unos, antes y otros, después, para apoderarse del Imperio decían que eran Huayna Capacc, y provocaron grandes desórdenes. En tal situación, aparecieron por primera vez los europeos en Casamarca. Esto es lo que sabemos de manera cierta de la vida de Cuniraya. Lo que hizo al pasar por esta región todavía no lo hemos escrito; pero lo contaremos más abajo.

CAPITULO XV

Aquí vamos a exponer lo que ya dijimos en el Capítulo II, esto es, si Cuniraya vivió antes o después de Carhuinchu

(191) Cuniraya Huiracucha fué el más antiguo de todos. Antes de él no hubo nada en el mundo. El fué quien creó los montes, los árboles, los ríos, los animales y todas sus especies; creó también los campos para el sustento de los hombres. Afirman que Cuniraya fué padre de Paryacaca, y que éste fué engendrado por él. (192) “Pues si Paryacaca, dicen, no hubiese sido hijo suyo, es claro que Cuniraya le habría despreciado”. Esto aseguran todos. Y con razón, pues a los demás, astuto como él era, los engañó con prodigiosos modos. Mas de esto hablaremos después.